

GUERREROS CELESTIALES

Los Tres Guardianes

1

El león albino

LUIS FERNANDO ESCALONA

Copyright©2014, by Luis Fernando Escalona.
Ilustración de portada: Fernando Gil.
Publicado en México, 2015.
1ª Edición.
ISBN: 978-607-7570-12-7

Ala de Avispa Editores
Boulevard Ignacio Zaragoza, Condominio Granero,
Casa 36. Colonia Hacienda del Pedregal,
Atizapán, Estado de México. Código Postal 52910
www.aladeavispa.com
edicion@aladeavispa.com

Este libro no podrá ser reproducido
ni total ni parcialmente por ningún medio,
sin el previo permiso escrito del autor.
Todos los derechos reservados.

Para mi madre

*“Todo cambia entonces, el mundo es otro
cuando el ave se abre a las puertas del misterio”.*

Vladimiro Rivas

*"Alone in the sky
Drifting forever in the ocean of night"*

Chaos Divine

*Existió un mundo
del que no he hablado;
un mundo distinto, hermoso
y rico en historias.*

Les quiero platicar...

Prólogo

Un día, Barlak creó el Universo y mientras le daba forma, hizo brillar una Joya de color rojo que contenía la sabiduría de todo lo existente.

Cuando terminó, forjó dos mundos: Arzabat, el mundo del espíritu y Beleabat el mundo de los mortales. Creó entonces a la raza humana y a Tres Guardianes, a quienes entregó fragmentos de la Joya para que crearan las cosas más esplendorosas en ese lugar: Planctos, el amo de los mares; Yunuen, la reina de la tierra; e Ícaro, el dueño del cielo.

Planctos era una criatura que tenía las facciones de una piraña y vestía una armadura verde con manchas negras, todo hecho de los metales submarinos que se habían convertido en parte de su anatomía. De su cabeza pendían algunas largas plantas de color verde y sus poderes se manifestaban en rayos luminosos de diferentes colores.

Ícaro era un ser con alas moradas. Su cuerpo era de color azul, su cabeza roja y sus ojos amarillos. Cuando incrementaba sus poderes al máximo, se convertía en un ave de fuego.

La Reina Yunuén era soberana del clan de las abejas, pero sus rasgos eran los de una humana. Era muy hermosa. Tenía el cabello negro y su piel era amarilla. Su voz era melodiosa. Guerrera incansable y amorosa con los débiles.

Los Tres Guardianas dotaron a sus creaciones con características humanas: cuerpos erguidos con brazos, piernas e intelecto. Planctos llamó Vanskas a sus hijos, que significaba “aberraciones”. Ícaro hizo cambiar a todas las aves, y Yunuen creó a los Goros,

que tenían la cabeza de color amarillo y el cuerpo verde.

Barlak vio la diversidad y decidió que deberían cambiar otras especies. Así, dotó con las mismas características humanoides a los felinos, reptiles, licantros e insectos, para que convivieran con el hombre y crearan juntos el mundo.

Pero los humanos miraron con desprecio a estos nuevos seres que se movían como ellos. Sus capacidades físicas eran superiores y temieron que los erradicaran. Fue así como los humanos crearon sofisticadas armas y pronto tuvieron el dominio de la tierra. Desde entonces, y de manera despectiva, se refirieron a las otras razas como *mutantes*.

Los Goros decidieron exiliarse a las tierras del hielo, ubicadas al norte del mundo, y ahí permanecieron sin convivir con los demás. Por su parte, los Tres Guardianes tuvieron también sus dificultades. Planctos era ambicioso y quiso apoderarse del reino de la tierra. Pero Ícaro y Yunuen se unieron y lo relegaron hacia el fondo de los mares, donde yace cautivo esperando el momento de emerger. Así, los Tres Guardianes vivieron ocultos a los ojos humanos y mutantes, con la esperanza de que ellos resolvieran sus diferencias.

Pero la Joya también tenía vida propia y escogía a mutantes y humanos para que se adentraran en los secretos de Arzabat, el mundo espiritual. A estos seres se les conoció como los Guerreros Celestiales, y muchas historias y canciones se hicieron en torno a ellos y sus aventuras.

Los Guerreros Celestiales conocían la existencia de una profecía que hablaba sobre un ser que traería el orden a las razas y que tendría el suficiente poder

para erradicar el mal que yacía en las profundidades del océano:

*Nacerá un albino en la jungla,
de ancestros reyes, los felinos,
oscuridad y luz en duelo
por su poder en equilibrio.*

Un humano, llamado Jonathan Breeg, creía que el elegido sería un mutante y antes de morir, encargó a su discípulo Válmik, un hormigo que poseía el don de la longevidad, que se hiciera cargo de entrenar a ese felino.

Muchos años después, la presencia de Jonathan Breeg se le manifestó al hormigo con la buena noticia:

—Qué la luz de Barlak guíe tus pasos —dijo el espíritu—. El momento ha llegado: ha nacido el león albino.

Al día siguiente, Válmik se dirigió al hogar de los leones. Tocó en una de las casas y esperó. A los pocos minutos, abrió un león que tenía algunas canas en su melena y arrugas en el rostro.

—Sé que entre ustedes hay un albino —dijo al llegar, inclinando su cabeza en señal de respeto.

—¿Quién eres tú? —preguntó el felino.

—He venido para bendecir a esa criatura. Es Barlak quien le llama.

Del fondo de la cabaña, se acercó temerosa una joven leona.

—¿Quién es, padre?

Al verla, Válmik se arrodilló y la saludó por su nombre:

—Shanti shanti, Edenia, hija de Orson. Te deseo paz para ti y para tu hijo.

Entonces Válmik les habló sobre los Guerreros Celestiales y la profecía.

—Al final, quien ha de tomar la decisión será él; pero hay que esperar hasta que sus poderes comiencen a manifestarse.

Sin embargo, había algo más que le inquietaba al hormigo:

—El padre del cachorro, ¿quién es?

Ocultando su rostro, Edenia respondió:

—Fue una noche de verano. Habíamos salido hacia el puerto de Travo y yo me encontraba en la playa buscando las piedras que tallan los cangrejos. De pronto, vi una luz, era un resplandor de color rojo.

—La Joya —susurró Válmik.

—Me sentí llena de paz y me desmayé. Al despertar, supe que esperaba manada, pero sólo nació un cachorro: el único albino del clan.

—¿Quiere conocer al bebé, maestro? —preguntó Orson.

—Por supuesto —respondió Válmik.

Edenia se alejó y al cabo de unos momentos, regresó con un cachorro cubierto hasta la nariz por hojas de árbol amarillo que lo mantenían abrigado.

Válmik se acercó. Ahí había un cachorro que dormía plácidamente. Su pelaje era blanco y su nariz rosada. El leoncito bostezó y abrió los ojos. Eran de un azul celeste muy intenso. Le sonrió al hormigo, y éste, sintiéndose agradecido por la vida de esa criatura, levantó la mano y proyectó una luz muy tenue sobre el rostro del león.

—Shanti shanti, Báliak. Que la luz de Barlak descienda sobre ti.

Y después de aquel encuentro, Válmik se alejó y esperó el momento indicado para encontrarse de nuevo con el león albino.